

posa le causó acerbo dolor. Hace pocos años se encontraron muchas de las cartas que escribió a un pupilo suyo y que han sido publicadas en 1885. Véanse algunos pasajes de estas cartas:

«Muchas anécdotas se cuentan de los habitantes de los Estados del Norte, pero encontrarás que, como todo el mundo, tienen cualidades buenas y malas: los hay hospitalarios é inhospitalarios, corteses y rudos, pero, en conjunto, como pueblo son gente de bien y humanitarios.» (Carta del 8 de enero de 1821.)

«Aplicáte y trabaja, así no sentirás el aburrimiento de la indolencia.» (Carta del 8 de enero de 1822.)

«Por poco que puedas, no te crees enemigos, pero no dejes sin el debido castigo las injusticias que te hicieren, vengan de donde vinieren.» (Carta del 3 de mayo de 1823.)

«Créeme, los hombres no son ahora mucho mejores que antes. Estudiando la naturaleza humana aprenderás á evitar las alevosías de los hombres. No seas por eso demasiado desconfiado, pero no concedas tu confianza á nadie hasta que tengas la seguridad de que la persona que ha de recibir tus confidencias lo merece.»

«Si Inglaterra se apodera de Cuba, el Gibraltar del golfo de Méjico, será dueño del comercio del mundo y nos cerrará la embocadura del Mississippi. A la América toca evitar con prudencia y energía que esto suceda.»

«Es una lástima que haya personas que cuando sirven cargos públicos crean deber adoptar un aire misterioso. En nuestro gobierno no hay misterios, y todos nuestros funcionarios y empleados deberían ser tan sinceros y francos como aptos y activos. Todas las órdenes deberían ser dadas en lenguaje preciso y claro, sin ambigüedad y sin permitir varias interpretaciones. No se me ha presentado nunca caso alguno en que la veracidad y la sinceridad hayan sido perjudiciales. Ocasiones habrá en que la prudencia recomiende no decir nada; pero si hablas, házlo sinceramente y sin faltar á la verdad.»

«Siempre he mirado como una torpeza recomendar á otros preceptos que uno mismo no practica (1825).»

Véanse ahora los juicios de algunos autores americanos notables.

Parton (1): «Para comprender bien á Andrés Jackson es menester haber tratado á escoceses é irlandeses. Los hijos de uniones entre individuos de estas dos razas son obstinados, guerreros, honrados, pero astutos, disimulados y muy hábiles en fingir, irritables é irascibles; pero aun en sus mayores accesos de cólera, ladinos. En su casa y entre los suyos son todo cariño y generosidad; pero con sus adversarios no tienen generosidad ninguna, sino al contrario solo violencia, estando dispuestos siempre á creer lo peor de ellos. Son amigos de la verdad, pero también incapaces de conocerla y practicarla cuando la pasión ó las preocupaciones les dominan; refractarios á la educación é instruccion, son capaces de realizar sin ellas cosas maravillosas. En una palabra, reúnen las mejores y las peores cualidades de las dos razas, y Jackson las reunía en grado superlativo. Su juventud, pasada en las continuas luchas fronterizas, desarrolló estas cualidades é hizo que viera un enemigo en todo adversario.»

Gayarre: «Para Jackson era artículo de fe, una especie de religion, aquello de: «la voz del pueblo es la voz de Dios.» El criterio del pueblo era para él infalible, y por lo mismo creía que podía dejarse al pueblo gobernarse á sí mismo. En esta convicción murió Jackson. Su patriotismo era tan fuerte

(1) Autor de biografías de Horacio Greeley (Nueva York, 1855 y 1866); Aaron Burr (id., 1857 y en 1864 la 17.ª edición); Jackson (id., 1859 y 1860); el general Butler (1863 y en 1864 la 8.ª edición); Astor (id., 1865); Jefferson (id., 1874), y de muchas otras obras notables.

y su integridad tan inmaculada que suplían á la instruccion y al talento que no tenía; á ellos debió sus mejores inspiraciones, ellos le condujeron y mantuvieron en la cumbre del poder, ellos le hicieron popular y le ganaron la admiracion y veneracion del pueblo.»

Sargent: «La popularidad de Jackson era extraordinaria, especialmente en la clase menos instruida del pueblo americano, que le idolatraba y estaba convencida de que Jackson era incapaz de equivocarse ni de cometer una injusticia. Integérrimo, patriota y amigo del pueblo, luchaba por amor de este contra el despilfarro y la corrupcion, por manera que sus adversarios eran forzosamente los políticos egoistas que solo trataban de hacer fortuna. Jackson, por otra parte, parecia tener el don de adivinar al pueblo y de hacérselo suyo.»

Sumner: «Jackson consiguió honores que jamás había ambicionado. Ningun otro americano ha llegado á tener tanto poder como él. Fué el ídolo de la mayoría de sus compatriotas, y las adulaciones que recibió se le indigestaron y le hicieron daño. Cuantos deseos tuvo se cumplieron, á todos sus adversarios vió derrotados y aniquilados: vivió lo bastante para ver vencido á Clay, desesperanzado y hastiado á Calhoun, destruido el Banco de los Estados Unidos y acusado criminalmente Biddle, su director, que murió con el corazón destrozado.»

En sus últimos años se hizo devoto, é instado por su consejero espiritual declaró que perdonaba á todos sus enemigos; pero es muy probable que muriera en la convicción de haber tenido siempre y en todo la razon y la justicia de su parte, y sin haber perdonado en su interior á ninguno de sus enemigos y adversarios.

Jackson fué el último presidente de carácter hasta la guerra separatista, que purificó la atmósfera política de los Estados Unidos del hábito ponzoñoso de la esclavitud. Los presidentes que hasta esta guerra se sucedieron eran simplemente instrumentos de sus partidos, y no representantes de sus respectivas épocas. Por esto no señalaremos con sus nombres los capítulos que siguen, y los ordenaremos segun los sucesos y grandes cuestiones que han conmovido la república norte-americana.

## CAPITULO XI

### LAS LUCHAS DE LOS PARTIDOS HASTA LA CONCLUSION DE LA GUERRA DE MÉJICO

(1837 - 1849)

El gérmen de la profunda escision que dividía los Estados Unidos en dos grupos heterogéneos y de intereses contrarios estaba en la constitucion federal. Era esta constitucion un pacto con el cual no estaba del todo conforme ninguno de los dos grupos; pero al hacer la Union había sido general la esperanza de que el tiempo suavizaria las asperezas y haría desaparecer los contrastes. El resultado fué muy diferente: las asperezas se habían aguzado, los contrastes se habían ido haciendo irreconciliables y el abismo se ahondaba entre el Norte y el Sur, entre los Estados esclavistas y los no esclavistas. Al fundar la Union, todos los Estados, menos dos ó tres, eran esclavistas, y si el pacto federal hubiera proscrito la esclavitud, no habría sido aprobado y no se habría verificado la Union ó confederacion. A pesar del defecto constitucional y fundamental de admitir tácitamente la esclavitud, se sostuvo esta creacion política mas de sesenta años sin modificacion notable, si bien hubo ocasiones, segun hemos visto, en que el edificio crujía y amenazaba derrumbarse, como sucedió al discutirse el carácter con que debía admitirse en el número de los Estados unidos el de Misuri. Entonces se vieron súbitamente el Norte y el

Sur enfrente, como dos fieras á punto de abalanzarse la una sobre la otra; mas la tormenta pasó, gracias á una composicion, y trascurrieron veinte años sin que la esclavitud produjera otro conflicto notable; pero en este tiempo la idea anti-esclavista había ganado terreno y sus partidarios veían mas claro y tenían una convicción mas enérgica que los del año 1820. Su objeto era la abolicion completa de la esclavitud y su resolucion alcanzar este objeto aun á costa de los sacrificios mas heróicos, y á viva fuerza, si no hubiese otro camino. Véase lo que dice el general y presidente Grant en sus memorias: «Los autores de la constitucion eran para su época personas inteligentes y estaban animados del deseo de asegurar de la mejor manera posible la libertad é independencia de la nacion hasta la consumacion de los siglos; pero es evidente que ninguna generacion puede fijar reglas de gobierno apropiadas á las condiciones y situaciones imprevistas de todas las generaciones venideras. En los Estados Unidos se habían modificado posteriormente, de una manera muy notable, tanto las condiciones materiales como las morales, y no es justo que seamos esclavos hoy de leyes hechas en circunstancias y condiciones enteramente distintas de las actuales y no previstas por nuestros mayores. Estos, á haberlas previsto, habrían sido seguramente los primeros en declarar que no eran infalibles y que su obra no era irrevocable; y si hubiesen podido vivir hasta ver adónde habían llegado las cosas, de seguro se habrían decidido también por la resistencia armada á toda tentativa separatista.»

Es un error muy comun creer que los propagadores del movimiento abolicionista solo encontraron oposicion y enemistad entre los habitantes blancos de los Estados del Sur. Muchas persecuciones y aun martirios hubieron de sufrir los primeros apóstoles y defensores de aquella idea humanitaria en los Estados del Norte, donde la gente, si no tenía esclavos, no queria ver turbada la paz entre las dos partes de la Union, y temía provocar una lucha cuyas peripecias y cuyo término no podían preverse ni calcularse, pero que de todos modos había de causar sacrificios, desastres y pérdidas materiales de gran consideracion. Así fué que los celosos apóstoles de la libertad y de la emancipacion de los negros acabaron por ser mártires de un impulso generoso, y ya se sabe que el martirio consolida las ideas nuevas. Entre los mártires de la abolicion de la esclavitud figuran en primera línea los blancos Birney, Lundy, Tappan, los hermanos Lovejoy, Wendell Phillips, Smith, Whittier, Lloyd Garrison y el negro Douglas.

Lundy fundó en 1821 el primer periódico abolicionista con el título de: *El Genio de la Emancipacion universal*, y durante diez años recorrió sin descanso diferentes Estados de la Union para despertar los sentimientos humanitarios á favor de la abolicion de la esclavitud. En 1829 entró en la redaccion del periódico abolicionista el cajista Garrison, que fué condenado por el tribunal de Baltimore á una multa por haber excitado á los esclavos á la rebelion contra sus amos; Tappan pagó la multa por él, y Garrison pasó á Boston, donde fundó otro periódico abolicionista, *El Libertador*. Juan Greenleaf Whittier, hijo de cuáqueros y uno de los muy contados poetas americanistas originales que los Estados Unidos han producido, fué nombrado en 1836 secretario de la sociedad anti-esclavista. Lloyd Garrison, cajista y después colaborador del periódico *El Herald*, fué toda su vida defensor infatigable y entusiasta de la abolicion y tuvo la satisfaccion de verla realizada en 1.º de enero de 1863. En 1832 consiguió la fundacion de la Sociedad anti-esclavista de la Nueva Inglaterra, los seis Estados mas septentrionales de la Union. Esta sociedad se ensanchó tan rápidamente que al año cambió su nombre por el de «Sociedad

americana Anti-esclavista,» en una de cuyas reuniones se dijo: «No puede haber paz verdadera y perdurable sin la supresion de la causa que á ella se opone, la esclavitud, porque la esclavitud es un crimen.» En 1831 hubo en Virginia una sublevacion de esclavos, acaudillados por un tal Turner, del cual decláse que el fanatismo religioso le había hecho perder la razon. Este movimiento indujo al gobierno de Maryland á prohibir á los negros y mulatos, esclavos y libertos, la asistencia á reuniones religiosas, actos de culto y sermones que no fuesen dirigidos por eclesiásticos blancos. En el parlamento de la Virginia occidental, donde había pocos esclavos, dijo un representante: «La esclavitud redundaba en perjuicio de la poblacion blanca, porque quita el trabajo á la clase artesana y hace con esto su existencia imposible. Este mal no podrá menos de crecer, hasta que todo el país esté poblado de negros entremezclados con algunos pocos blancos.»

Al principio la propaganda abolicionista causó en el pueblo norte-americano un terror solo comparable con el que en nuestro tiempo han sembrado los anarquistas dinamiteros; el público se horrorizaba ante la perspectiva de una anarquía caótica en la cual podían desaparecer el gobierno y toda la nacion. Se publicaron folletos y artículos de periódico furibundos contra los abolicionistas, los cuales se vieron insultados y maltratados por el enardecido populacho. A la sola noticia de que la sociedad anti-esclavista proyectaba reunirse en Nueva York, dijo el periódico *El Avisador Mercantil*, de esta ciudad, que el pueblo embrearía y empujaría á Garrison, fundador de la sociedad. En la misma ciudad el populacho demolió la casa de Tappan, otro apóstol de la abolicion; y el haber asistido algunos negros al sermón en una iglesia de la ciudad dió lugar á una cruzada general contra todos los hombres de color, que donde se les encontró fueron apaleados horriblemente. El alcalde y el ayuntamiento hicieron vanos esfuerzos para dominar el tumulto y fué menester reunir la milicia ciudadana para restablecer el orden y la tranquilidad. Escenas análogas se repitieron en muchas otras poblaciones de diferentes Estados del Norte, como en New-Jersey y Connecticut. En New-Haven el pueblo se opuso al establecimiento de una escuela para los hijos de negros, «por ser contraria á los intereses mas capitales de la ciudad é incompatible con la existencia de los establecimientos de enseñanza para blancos.» En Canterbury, Prudencia Crandall, mujer ilustrada y heróica, estableció una escuela de niñas en que admitía indiferentemente alumnas blancas y negras; pero padeció por ello lo que no es decible: el pueblo atacó su casa, y armado de garrotes y barras de hierro destruyó cuanto en ella había, sin que la justicia interviniera ni menos protegiera á la víctima. En Canaan, en el Estado de New-Hampshire, el populacho arrasó una casa destinada á escuela para negros, y en Boston, Garrison, con una cuerda atada al cuello, fué arrastrado por las calles de la ciudad y costó gran trabajo salvarle de la muerte. En Utica, en el Estado de Nueva York, los abolicionistas fueron víctimas de atrocidades inauditas por parte del populacho. En Filadelfia el pueblo pegó fuego á la casa en que debían reunirse los abolicionistas, y cuando acudió el cuerpo de bomberos, solo se le permitió que trabajara en el salvamento de las casas contiguas. En Alton, Estado de Illinois, destruyó el pueblo una imprenta abolicionista y mató á su director Lovejoy. Esto podrá dar una idea de lo que sufrieron los abolicionistas solamente en los Estados del Norte. En la Carolina del Norte fué condenada una persona á doscientos pesos de multa porque quiso enseñar á leer á un negro. No hay que decir la suerte que hubiese cabido en los Estados esclavistas á cualquier partidario de la abolicion si solamente se hubiese dejado ver allí.

Mas los abolicionistas, hombres y mujeres, dice el historiador Sargent, eran gente que, aunque en los primeros años de su campaña poco numerosa, estaba decidida a sufrirlo todo antes que retroceder.

Cuarenta años despues nadie, en todos los Estados del Norte, podia comprender cómo habia sido posible allí tanto odio á los abolicionistas, ni cómo se les habia podido perseguir y maltratar con tanta ferocidad. En cierta manera se explica esta hostilidad por los intereses del comercio y de la industria de los Estados del Norte, que forzosamente habian de quedar muy lastimados con una revolucion tan trascendental como la que pedian los abolicionistas de la esclavitud. En los Estados del Sur se habian puesto á precio públicamente las cabezas de los abolicionistas principales, y no contentos con esto, aquellos Estados pidieron en el congreso para tan criminal objeto la cooperacion de los del Norte, á los cuales invitaron á amordazar su prensa y hacer leyes para ahogar la propaganda abolicionista. Esta exigencia encontró una oposicion decidida hasta entre la gente anti-abolicionista, porque si el norte-americano respeta algo, es la libertad de la palabra y de las opiniones. Quincy Adams sostuvo con teson el derecho de los abolicionistas á ser oídos, y sin ser propiamente abolicionista, tuvo la dicha de ser en el último período de su vida el representante y defensor victorioso de la libertad de la palabra y, por lo mismo, aunque indirectamente, de la causa que los abolicionistas defendian. Ni Clay, ni Calhoun, ni Webster, que murieron sin haber visto realizados sus ideales, tuvieron esta gloria, y eso que todos tres, y muy particularmente el último, eran oradores infinitamente mas poderosos. Pero Quincy Adams, con su cuerpo rechoncho, su estatura pequeña, ojos legañosos y á menudo inflamados, y su voz cascada y chillona, era un adalid invencible que dejó siempre confundidos en el congreso á todos los jefes y defensores del Sur. Todo el Sur se levantó contra él, pero, como dice su biógrafo Morse, Adams, teniendo guardadas las espaldas por una gran idea moral, repartió á todos sus contrarios mandobles tan formidables que les cegaron de furor, mientras en el Norte creció el número de sus partidarios, que veían en él al defensor valiente é inflexible del derecho mas precioso del ciudadano, la libertad de la palabra y de la prensa. A esto se agregaba la integridad immaculada de toda su vida.

Quincy Adams abrió su campaña en el congreso á favor de los abolicionistas presentando á la asamblea quince peticiones, firmadas por un gran número de ciudadanos de Pensilvania, solicitando la abolicion de la esclavitud y del comercio de esclavos en el distrito de Columbia (1). Adams se limitó á pedir que estos documentos pasasen á la comision correspondiente del congreso, con lo cual por entonces este asunto llamó poco la atencion; pero á fuerza de repetirse las peticiones se fueron exaltando los representantes del Sur, que en su obcecacion traspasaron los límites de la prudencia y exigieron como un derecho que los Estados del Norte prohibieran en su territorio toda discusion sobre la esclavitud, tanto en la prensa como en reuniones públicas, así como todo impreso que pudiera sembrar el descontento entre los esclavos. Los Estados esclavistas impusieron en sus territorios penas severas, como azotes, presidio y hasta la muerte en la horca á los autores de los escritos é impresos y á los que los divulgaran; y no obstante ser el correo una institucion federal, el gobierno de la Carolina del Sur, en 30 de julio de 1835, se apoderó en la administracion de correos de los periódicos y cartas que quiso, y el administrador tuvo que prometer que en adelante detendria todos los paquetes sos-

(1) El territorio federal, cuya capital es Washington.

pechosos. El administrador general de correos en Nueva York suplicó á la sociedad anti-esclavista que se abstuviese de enviar sus impresos, periódicos, hojas volantes y folletos á los Estados del Sur, y como la sociedad no se avino á esto, dispuso que tales impresos quedaran sin expedir. Los del Sur nombraron una comision calificadora de los escritos é impresos que debieran tenerse por subversivos, atendido que aun los administradores de correos mas complacientes no querian ser jueces en esta materia. A esto se habia llegado en la gran república de los Estados Unidos, donde, á imitacion de los países de Europa mas despóticamente gobernados, no se respetaba el secreto de la correspondencia y se confiscaban los impresos á ciencia y paciencia del gobierno federal. Amós Kendall, á la sazón director general de Correos, escribió al administrador del correo de Nueva York, que si bien el director general del ramo no estaba autorizado para rechazar impreso alguno, porque semejante autorizacion seria un arma peligrosísima, él habria procedido sin embargo como el administrador de correos de Nueva York si se hubiese hallado en su puesto, y que los administradores de correos tenian el derecho y hasta la obligacion de no dar curso á escritos ó impresos que con su contenido pudiesen dar lugar á actos criminales. «Por esto no dudo, añadió, que V. y todos los administradores de correos que han procedido bajo su responsabilidad á detener tales escritos sediciosos, quedarán plenamente justificados ante el país y ante la humanidad, porque esta medida es de seguridad pública.» En otra carta dirigida al administrador de correos de Charleston dijo: «Debemos obediencia á las leyes, pero por encima de las leyes está la república (particular), en la cual vivimos, y si de las leyes se abusa para destruirla, el patriotismo exige no hacer caso de ellas.» Estos principios hipócritas no necesitan comentarios.

La sociedad anti-esclavista de Massachusetts publicó por su parte un manifiesto, en 17 de agosto de 1835, en el cual rechazó toda idea de excitar á los esclavos á la rebelion, diciendo entre otras cosas: «Semejante atentado seria en nuestra opinion, no solamente inútil sino hasta peligroso y poco menos que equivalente á un asesinato. Como comerciantes, industriales, ciudadanos y padres de familia, como patriotas y cristianos perderíamos tanto como los demás ciudadanos de la república, y sabemos que una insurreccion de los esclavos seria la mayor desgracia para ellos y para la causa de la libertad. No sacrificaríamos ni un solo dueño de esclavos, aunque con su muerte pudiéramos emancipar á todos los esclavos de los Estados Unidos.»

Las argucias del director general de Correos solo sirvieron para hacer resaltar mas la verdad de que la Union norteamericana llevaba en su seno una causa permanente de destruccion, porque una union cuya constitucion garantizaba la libertad de la prensa y cuyos miembros no la consentian, ni respetaban el secreto de la correspondencia, estaba continuamente expuesta á deshacerse. Cada una de las partes constituyentes de un Estado no puede desatender los pactos fundamentales que marcan sus deberes hácia los otros asociados que observan estos pactos y cuentan con que los han de observar tambien los demás. La autoridad federal resultaba así una ilusion, y sin autoridad, la confederacion quedaba reducida á un mero nombre. Aquí estaba el error de Calhoun y de otros, que aun siendo partidarios sinceros de la Union, querian conservar á cada Estado su soberanía é independencia absolutas, dos cosas evidentemente incompatibles. Afortunadamente estos ilusos no formaban en el congreso la mayoría y su número se fué reduciendo sucesivamente, á medida que se fueron palpando las consecuencias de la incompatibilidad de que acabamos de hablar.

El presidente Jackson trató de conciliar los extremos presentando en la cámara de representantes un proyecto de ley que prohibia divulgar en los Estados esclavistas escritos encaminados á excitar á los esclavos á la rebelion. La comision encargada de dar su dictámen sobre este proyecto, compuesta de cinco diputados, entre los cuales cuatro lo eran del Sur, no pudo ponerse de acuerdo, y una proposicion análoga presentada por Calhoun en el senado, fué rechazada por 25 votos contra 19. En cambio, las dos cámaras votaron una proposicion que prohibia á los administradores de correos, bajo penas severas, impedir el curso de cartas sueltas, de impresos, de bultos y paquetes, cualquiera que fuese la persona ó corporacion á quien fueran dirigidos. El presidente Jackson, no obstante sus simpatías por los Estados del Sur, dió su aprobacion á la proposicion votada, que con esto adquirió fuerza de ley.

La cuestion de la esclavitud y de la abolicion volvieron á imponerse otra vez oficialmente, durante la presidencia de Jackson, cuando Michigan y Arkansas solicitaron su admision en la Union en calidad de Estados. Ambos fueron admitidos despues de algunos debates en el congreso. La fijacion del límite Noroeste del Estado del Misuri implicaba la incorporacion á este de un territorio de mas de 3,344 kilómetros cuadrados situado al Norte de la línea llamada del Misuri, donde, segun el arreglo de 1820, no debia ser admitida la esclavitud. Contra esta adquisicion, negociada por los senadores Benton y Linn, de Misuri, con los indios, que en 27 de noviembre de 1836 se trasladaron con la indemnizacion convenida á otro territorio, no se levantó voz alguna en el congreso, á pesar de la manifiesta infraccion del arreglo del año 1820, y el pueblo norte-americano apenas paró mientes en que el citado territorio pasaba por la incorporacion á ser esclavista. Esto dió margen posteriormente á que tambien se hiciera esclavista el Estado de Kansas.

Durante las dos legislaturas de 1835 y 1836 no cesó Quincy Adams de presentar á la cámara de representantes peticiones de abolicionistas; solo las que en este período solicitaban la abolicion de la esclavitud en el distrito de Columbia llegaron al número de 176 y llevaron juntas 34,000 firmas; pero cuando en la sesion del 4 de enero de 1836 presentó otra, se levantó un representante del Sur pidiendo que no se admitiera, y dos dias despues un representante del Norte, Jarvis, diputado del Estado del Maine, propuso que la cámara no admitiera ya ninguna peticion abolicionista relativa al distrito de Columbia, por no estar autorizado el congreso por la constitucion á legislar sobre este punto. Esta propuesta dió lugar á largos debates, durante los cuales Adams continuó presentando nuevas peticiones. Para acabar con el debate, que se iba haciendo molesto, pidió el partido del Sur que la peticion que habia dado lugar á todo quedara sobre la mesa y que se nombrara una comision para dar dictámen sobre la proposicion de Jarvis. Esta comision presentó en 18 de mayo su informe, proponiendo las tres resoluciones siguientes: 1.ª La cámara de representantes no tiene poder para intervenir en los asuntos de esclavitud de ningun Estado, ni aun para discutir tales asuntos. 2.ª La cámara no discutirá, en lo sucesivo, si ha de haber ó no esclavitud en el distrito de Columbia. 3.ª Atendida la agitacion que provoca el asunto de la esclavitud, no tomará acta la cámara ni se dará lectura de las peticiones, memorias, disertaciones ó exposiciones relativas á la esclavitud ó á su abolicion que se le presenten, las cuales quedarán solamente sobre la mesa. La primera resolucion fué aprobada por 182 votos contra 9, y Adams, que se habia levantado para impugnarla, fué condenado al silencio y á sentarse por las voces de: «¡Al órden!» que resonaron de todas partes. En la vo-

lacion de la resolucion segunda abstúvose Adams de votar, pero despues de la lectura de la tercera pudo decir: «Considero esta resolucion una violacion directa de la constitucion de los Estados Unidos, del reglamento de la cámara y de los derechos de mis mandatarios.» Dicho esto con gran trabajo pero con voz alta é inteligible, á pesar de la gritería con que la sala trató de ahogar su voz, sentóse Adams y el congreso votó tambien la tercera resolucion, por 117 votos contra 68. Hasta el año 1844 estuvo Adams pidiendo en cada legislatura la revocacion de estas resoluciones, llamadas por los norte-americanos *amordazadoras*, porque cerraban la boca á los abolicionistas, hasta que, finalmente, en el citado año consiguió su objeto, votándose la anulacion por 108 votos contra 80. Una semana despues admitió el congreso varias peticiones anti-esclavistas y las pasó á la comision que entendia en los asuntos del distrito federal de Columbia, por depender este directamente del congreso y del gobierno federal. Esta fué una gran victoria del principio de la libertad sobre la esclavitud, y con razon escribió Adams al referirla en su diario: «Sea por siempre alabado y bendecido el nombre de Dios.»

Durante el curso de esta campaña surgieron en el congreso incidentes por demás característicos. En la sesion del 16 de setiembre de 1837 presentó Adams la peticion de un hombre que solicitaba ser despojado de la calidad de ciudadano de los Estados Unidos «mientras existiera en ellos la esclavitud y mientras no se hubiesen expiado las injusticias hechas á los indios.» En la sesion del 22 de diciembre del mismo año exigió Adams que constara en el diario de las sesiones su opinion de que las resoluciones amordazadoras eran una violacion de la constitucion; y observando uno de sus adversarios, diputado del Sur, que si el conflicto degenerara en guerra abierta los hombres del Sur marcharian contra los Estados del Norte y los conquistarian, Adams contestó que lo hiciesen si podian, pero que entretanto se hiciera constar tambien en el diario de las sesiones la observacion del diputado del Sur, á fin de que su nombre fuera entregado á la execracion de las generaciones futuras.

Hubo dias en que Adams presentó al congreso mas de cien peticiones anti-esclavistas. En la sesion del 14 de febrero de 1838 presentó nada menos que 350, y en otra, hasta cerca de 500. En una suplicaban los peticionarios que la cámara diera su proteccion á los ciudadanos del Norte que tenian que pasar al Sur, contra los ataques que á sus personas pudieran dirigir los dueños de esclavos. En otra peticion se solicitaba que el congreso borrara de sus diarios la declaracion de independencia, y en otra que reconociera la república de los negros de Haití. El furor que todo esto, salpicado de las observaciones mordaces de Adams, causó á los representantes del Sur es indescriptible. Adams sentó tambien en 1836, y despues en 1842, apoyándola con abundancia de ejemplos históricos, la doctrina de que el derecho de guerra, admitido universalmente, autorizaba á los jefes del ejército en guerra con Estados esclavistas á dar libertad á todos los esclavos del país enemigo. Esta doctrina fué aplicada despues en la guerra separatista.

Davis, diputado de Massachusetts, habia dicho en la cámara de representantes que la resistencia tenaz á admitir peticiones anti-esclavistas relativas al distrito de Columbia, resistencia que hacia ilusorio el derecho de peticion, no produciria mas resultado que exasperar y robustecer al partido abolicionista, y la experiencia le dió la razon, porque este partido tomó en efecto un desarrollo considerable.

Clay sintió en estos debates la necesidad de buscar como siempre un término medio para facilitar un arreglo, y en la sesion del 7 de febrero de 1839 manifestó que ya en 1798